



Rumbos Olvidados

POR Xabi Luna (www.rumbosolvidados.com)

En el contexto de que Bolivia es un país con una realidad complicada, por su orografía, con gran parte en la cordillera andina, por su riqueza, no por falta de recursos, si no por no saber convertirlos en economía moderna, por una herencia histórica con diferencia de clases y enfrentamientos que han llevado a una deriva política compleja en las últimas décadas. Con este contexto, Bolivia es el país más pobre de Sudamérica, pero con un potencial humano, geográfico y económico inmenso que tiene que explotar. Hace dos meses entrábamos en Bolivia con la imagen distorsionada de los ecos que llegan a Europa a través de los medios. Bolivia es mucho más que lo que nos cuentan. Cayendo en una división muy simplista, la población se divide en oriente con los cambas y occidente con los collas. En todo nuestro recorrido por oriente hemos escuchado historias de terror del mayor enemigo del país, Evo Morales, sin embargo, conforme llegamos a La Paz, la cosa cambia y Evo ha sido el que les ha construido carreteras y ha puesto a la comunidad indígena en el lugar que se merece. ¿Qué hay de verdad en todo esto? Seguro que no todo es blanco o negro, pero si parece que Evo ha sido más cáncer para Bolivia de lo que nos llega. Con el presidente actual, Rodrigo Paz, más inclinado a favorecer a la clase alta y con un problema de combustibles, desconociendo el verdadero culpable, entrábamos a comienzos de mayo felices sin saber que nos encontraríamos.

En los medios hablan de bloqueos realizados por los campesinos que impiden el paso a todo el mundo. Nosotros no los sufrimos, pero los animales de los camiones y algunos pacientes de ambulancias no corrieron la misma suerte. Por el camino hemos visto colas infinitas de vehículos esperando a que lleguen cisternas para llenar los depósitos, durmiendo días en el coche, motos apiladas, personas esperando el camión del butano para poder cocinar, ha sido una realidad muy dura y lo más fascinante es que hemos visto poca gente enfadada. Quiero poner eso por encima de todo, como ejemplo de conducta, podría ser conformismo, pasividad, pero también es una forma muy pacífica y amable de asumir los problemas.

Con lo que el 30 de mayo llegamos a Trinidad, ese lugar marcado en el mapa el 28 de febrero al aterrizar en Chile. Entramos en una de las zonas más inundables del mundo, el departamento del Beni, bosque amazónico, predominantemente llano, húmedo y caluroso. Ahí hemos llevado a cabo el cuarto proyecto y el motivo por el que hemos pedaleado casi 5.000 km por este continente.

Una médica local organizó varias charlas y la entrega del material sanitario que hemos donado, dos incubadoras, al materno infantil de



65 etapas y 4.800 km después, llegamos a La Paz.



Bolivia

“Jallalla Bolivia kutinipxawa”

Trinidad. Asisten más de 20 partos diarios y serán muy útiles, ya que no hay incubadoras para todos. Antes de marcharnos de Bolivia nos llegan las primeras fotos en uso y supone un estímulo para lo que queda. Las charlas nos dan la posibilidad de

conocer la realidad de esta ciudad, sobre todo la problemática de los cuerpos de bomberos que trabajan con pocos medios, camiones muy viejos con el problema de que algunos no funcionan por falta de combustible.

colaboramos en la asistencia sanitaria de una organización local que da dignidad a la salud. Duermen sobre la tierra, su refugio son casas de madera y hojas de palmera como techo. El río está contaminado y necesitan pozos para tener acceso a agua “potable”. La asistencia, además de tocar la salud, les habla de la importancia de la higiene y el hecho de tener letrinas. El día de asistencia siempre es un impulso con buenas intenciones, pero con el tiempo regresan a sus costumbres y las enfermedades campan a sus anchas.

En San Borja el resto de días damos charlas en el hospital. Tiene 25 años, pero parece que un ciclón y una guerra haya pasado por él. Necesitan muchos recursos y la estructura se cae a pedazos. Impartimos las charlas en una de las salas y de ahí sacamos contactos con los que pasaremos el resto de días en una ciudad de caminos de barro, colas eternas para cargar gasolina y lluvias que anegan todo y obligan a caminar con botas por cualquier calle. Tenemos la suerte de conocer a SAL, una organización española que trabaja en Bolivia desde hace muchos años y que nos abren otra puerta a la realidad.

El 14 de junio iniciamos nuestro ascenso a La Paz, once días que suponen el Everest del Rumbos Olvidados. 370 km que en otras circunstancias los haríamos en cuatro días, aquí se convierten en el famoso “partido a partido”, cada día es un reto. Dejamos los humedales del Beni, los paisajes llanos de pastos dan paso a las montañas. Nada más adelantarnos en los valles, la lluvia se presenta y convierte la primera subida en una ducha. La temperatura aún respeta y asumimos pedalear con toda la ropa mojada, la cuestión es saber si aguantaremos mucho más así. La primera parada nos refugiamos de la lluvia en la precaria escuela de Quiquibey con la compañía de las cucarachas. Nosotros nos protegemos dentro de la tienda, pero los alumnos conviven con ellas y mucha suciedad todos los días. La lluvia se convierte en una constante hasta Caranavi, vamos de montaña en montaña, de río en río, hasta el Yara. Ahí, al otro lado del puente, uno de los peores bloqueos desaparece justo cuando llegamos. Llevamos proyectando positivo para que nada nos frene y mágicamente ocurre. 45 días de sufrimiento, desabastecimiento, luchas, desesperación. Disolver ese bloqueo es como una aspirina que no deja que los campesinos se unan para obstruir las arterias de un país, sentimos a la gente respirar con el oxígeno que les llega de nuevo.

El sol hace acto de presencia y ascendemos por el valle del río Coroico. Somos insectos a los pies de colosos verticales. El estado de la carretera, que por momentos es camino de tierra o barro según las cascadas que haya, es lamentable. Es la ruta 3 que lleva hasta la ciudad

La otra parte del proyecto se desarrolla al otro lado del Mamoré. Los días previos llueve, se destruyen los caminos, si le sumamos la mala gestión del cruce en barcazas que montan camiones y coches de un lado al otro, supone más de un día para hacer 90 km. Nosotros nos aprovechamos de viajar en bici, nos ayudan a bajarla a una orilla embarrada y adelantamos hileras de camiones que ocupan los dos sentidos de un camino destrozado en el que trabajan sin cesar. Llegar a San Borja nos supone diez horas de bici agotadoras para llegar a tiempo a una experiencia inolvidable. Un pequeño (embarcación) nos lleva hasta una comunidad en el río Maniquí. Experimentamos la dificultad de la etnia local (los tsimanés) en su día a día. Su vía es un río que no siempre es navegable, con lo que la mayoría de los niños no van a la escuela, viven de la pesca y con escasos recursos. En concreto dormimos dos días en Nueva Esperanza, vemos y